

que lo reconozcamos, pero que aún no podamos hacerlo. Entonces es necesario cultivar los hábitos, es decir, la predisposición que adquirimos a volver a actuar en la misma dirección.

Finaliza en el capítulo ocho con una interesante descripción de propuestas para poder abordar en el justo medio, sin temor, pero también sin quitarle importancia, el riesgo de la adicción digital. Catela anima, de la mano de numerosos autores, a encontrarle un significado a la tecnología. Nos propone una sugerente antropología del silencio y la esperanza, y señala como objetivo desconectar para volver a conectar, no más pero sí mejor.

Alejandra Peñacoba Arribas  
Universidad de Burgos

---

**García Amilburu, M., Bernal, A. y González Martín, M. R. (2018).**

*Antropología de la educación. La especie educable.*

Madrid: Síntesis. 203 pp.

**D**ecía Jacinto Choza que el ser humano debe saber lo que es para serlo. Dicho de otro modo: lo que debemos ser, la plenitud a la que debemos aspirar, no resulta evidente sino que debe aprenderse. Requiere, pues, de un trabajo complejo que no es solo el fruto de la propia reflexión individual, sino también del universo simbólico y material en el que nos desarrollamos y que reconocemos con el nombre de cultura. Esta reflexión sobre lo que somos recibe el nombre de antropología, y su profunda relación con la educación la convierte en uno de los estudios básicos para todo educador que quiera ser algo más que un técnico que se limite a transmitir objetivos ajenos.

Las autoras del texto que traemos para el análisis, María García Amilburu, Aurora Bernal y Rosario González Martín, así lo han entendido, y han elaborado un texto con una estructura adecuada para convertirse en manual universitario de tan relevante disciplina. Todas ellas son especialistas en antropología de la educación, la han enseñado en distintas universidades y han escritos numerosos textos de investigación sobre los temas centrales de esa materia. Cultivan un enfoque filosófico, que aunque no es el único que puede darse a esta disciplina, no nos es ajeno, y enlaza con la tradición antropológica de raíz más germánica.

El libro está estructurado en cuatro partes. Una primera, dividida a su vez en dos capítulos, introduce la disciplina. En el primero se da cuenta taxonómicamente del lugar de la disciplina de la antropología de la educación en el conjunto de las disciplinas antropológicas, mientras que el segundo, sobre la idea del ser humano

y la educación, recorre las principales respuestas dadas a la pregunta esencial sobre el sentido de lo que somos, en la idea de que esas respuestas condicionan la acción y la reflexión educativa.

La segunda parte lleva por título “Ser humano. Aprender a ser humano” y está dividida en tres capítulos. En el primero, “Qué es el ser humano”, se tratan cuestiones esenciales y clásicas de la antropología humana que están en el trasfondo de la educabilidad; la plasticidad, el inacabamiento, etc. El segundo, “Cómo es el ser humano”, estudia “cómo el ser humano recorre el camino entre lo que ya es y lo que puede llegar a ser en plenitud” (p. 65), a partir del estudio de sus distintas dimensiones, corporal, intelectual afectiva social, cívica y religiosa. El tercero y último, “Quién es el ser humano”, se centra en el estudio y el significado de su ser personal.

La tercera parte del libro “Los modos de estar humanos. Aprender a estar”, se aborda desde la fenomenología y también consta de tres capítulos. “Estar en el mundo”, un mundo que se puede trabajar y transformar, en resumen, habitar. “Estar con otros humanos”, en el que explora los modos de ser con otros desde la familia o la comunidad hasta la amistad, por ejemplo, y, por último, “Estar abierto”, donde se explora el carácter trascendente propio del ser humano.

La cuarta y última parte, “El actuar humano. Aprender a actuar humanamente”, tiene, como las anteriores, también tres capítulos dedicados al ser humano como agente. En el primero de ellos, “Pensamiento y acción libre”, las autoras parten de la cualidad pensante del ser humano y de su consecuencia, la posibilidad de autodeterminarse y de ser, por tanto, libres. El segundo, “El hacer humano: la cultura”, analiza la dimensión cultural del ser humano, pero no como haría un antropólogo cultural, para quien la cultura es el objeto último de su conocimiento, sino más bien desde el punto de vista filosófico. Porque este es un libro de antropología filosófica que busca una imagen unitaria, es decir, que integre el resto de los datos que le dan las otras disciplinas que lo estudian. El último de los capítulos está igualmente dedicado a la cultura. En este caso, a sus procesos de transmisión y adquisición.

Cada uno de los capítulos tiene un glosario inicial, al comienzo, y un apartado final titulado: “para seguir reflexionando”. Esta estructura idéntica otorga cierta unidad estructural al libro y reafirma su carácter de manual universitario. Contribuye también a esa imagen unitaria del texto el hecho de que los capítulos no estén firmados individualmente por cada una de las autoras, sino que son las tres profesoras en conjunto las que se hacen cargo de la totalidad del libro.

*Antropología de la educación. La especie educable* tiene, en nuestra opinión, algunas virtudes importantes, entre las que podemos destacar la síntesis que hace de los

temas clásicos de la antropología filosófica de la educación, junto con el carácter normativo que defiende implícitamente. Si la antropología pierde esta dimensión normativa no podríamos entender en qué podría ayudar a la pedagogía. En efecto, aunque el libro define algunas teorías subyacentes en conflicto y presenta las más importantes, no se puede negar que las autoras se sitúan legítimamente en un marco cercano al aristotelismo que les permite defender modos concretos de entender las distintas dimensiones humanas: intelectual, afectiva, social, etc.

Para quienes enseñamos disciplinas antropológicas, el libro adolece de algunas carencias que tienen que ver con importantes cuestiones que están afectando a la educación y sobre las que la antropología de la educación algo tendría que decir. Es cierto que el libro toca algunas cuestiones sobre el transhumanismo (pp. 33 y 34, 41, 106 o 117) o el mundo de la tecnología y las nuevas formas de relación virtual (pp. 91, 105), y dentro del capítulo 7 dedica todo un apartado a “la educación en un mundo de relaciones virtuales (pp. 131-134). Pero echamos en falta alguna clave para abordar aspectos importantes de la identidad humana que se han revelado controvertidos en nuestro siglo XXI, y que tienen que ver con las derivadas del carácter sexuado del ser humano: sexo, género, deseo, orientación sexual etc. Si bien nos hubiera gustado algún capítulo en el que analizaran esa dimensión, el libro resultará valioso para los que tengan que enfrentarse de manera introductoria, que no quiere decir poco rigurosa, con esta disciplina.

David Reyero García  
Universidad Complutense de Madrid

---

### Gómez Francisco, T. (2018)

*La complejidad: un paradigma para la educación. Su aporte con una mirada histórica y reflexiva.*

Santiago de Chile: RIL Editores, 142 pp.

**E**n una época de contextos mundializados, de la misma magnitud que sus crisis, es innegable que el tema de la educación se ha vuelto primordial, de ahí que no resulte extraña la diversidad de estudios, investigaciones y propuestas que tratan sobre sus desafíos, principalmente, debido a las exigencias del siglo XXI. Ante ese escenario, que demanda de nuevos paradigmas que permitan situar a la educación en la perspectiva de formar nuevas relaciones sociales, el libro de la Dra. Taeli Gómez Francisco, *La complejidad: un paradigma para la educación. Su aporte con*